

GALAXIA
Ciencia Ficción



el
hombre.
no
estadis-
tico

**RAYMOND
F. JONES**

Uno de los indudables maestros de la Ciencia Ficción crea un singular universo nuevo.

La lógica se convierte en estorbo y la intuición en una herramienta precisa.

Un viaje a la Luna es un viaje al pasado y en un planeta lejano la humanidad lleva a cabo

un experimento en la vida de la jungla prehistórica.

Para quien lea este libro, el mundo jamás le volverá a parecer igual que era antes de haberlo leído.

EL HOMBRE NO ESTADÍSTICO

CAPÍTULO PRIMERO

Charles Bascomb era un hombre que amaba a las cifras... las genuinas, es decir, las arábicas. Y no es que no apreciase a la otra clase también. La señora Bascomb era muy buena en ese departamento, pero Charles también había llegado a dar de ella algo por sentado en los catorce años de vida de matrimonio... más tres jóvenes Bascomb que le habían enseñado la gran obligación que puede implicar un número tan pequeño.

Bascomb se consideraba realista y señalaba su pasión por las cifras para demostrarlo. Si se daba una opinión — bien en el precio de una hamburguesa en Denver, o de diferencia entre el clima de su ciudad natal, Landbridge, y Los Angeles, California— pedía cifras y detalles.

Sin embargo, en su mundo de infinitas columnas de negros números había también una escapatoria. Aquí era limpia, fría y precisa. Las esparcidas efusiones, cerebrales y el emocionalismo de Sarah Bascomb faltaban. Charles Bascomb amaba a su esposa, pero ella era una distraída. Y las profundamente irracionales demandas de los pequeños Bascomb no podían penetrar hasta su interior.

Toda irracionalidad quedaba echada a un lado y aquí a solas, podía haber una vista clara del mundo real. Habría sido difícil para Bascomb decirlo, si se le hubiese formulado la pregunta, cuál era el mundo real y cuál el país de las hadas. La señora Bascomb y los niños eran bastante reales, en

su lugar, pero no podían encajar posiblemente en el reino de las cifras exactas, que era el mundo real.

Por fortuna, nadie preguntó jamás al señor Bascomb nada de esto y así nunca entró en su consciencia, más allá de alguna escaramuza ocasional, alguna sensación acuciante de que debía haber más enlaces entre estas dos áreas de los que comprendía.

Generalmente resultaba muy delicioso satisfacerle sabiendo que podía decir, por ejemplo, con perfecta seguridad, con cuántos ciudadanos se había cruzado en la calle camino de la estación cada noche y cuántos de estos no vivirían a fines de año. Podía decir, casi con exactitud, cuántos estarían vivos dentro de otros cinco años, siempre y cuando supiere sus actuales edades, claro. Era capaz de afirmar cuántos morirían de diabetes, del corazón y de cáncer.

Había una satisfacción en conocer todas estas cosas. Había satisfacción en su trabajo de reunir tal información y de extraer las adecuadas deducciones. (Era jefe de Análisis Estadísticos de la New England Mutual Cooperative Insurance Company). En todo esto había una sensación de poder.

Pero Bascomb creía que era un hombre humilde. El poder estaba en las cifras, en los métodos estadísticos que constituían el templo en donde él servía como sacerdote.

A la edad de treinta y siete creía que serviría a su dios de cifras durante el resto de su vida. Y, con certeza, en aquella mañana del diez de abril, cuando uno de los estadísticos Júnior entró en su despacho, se consideraba salvo y seguro en el surco por el que marcharía hasta que él mismo se convirtiese en una cifra estadística dentro de los libros de la compañía.

Bascomb alzó la vista y sonrió agradablemente cuando Hadley se acercó a su escritorio... no había razón para comportarse de otra manera.

—Buenos días, Hadley —dijo—. Parece como si hubiera pasado muy bien el fin de semana. ¿Se recuperó la señora Hadley de su resfriado?

—Ella está estupendamente, señor Bascomb —Hadley era un jovencito, aún en su primer año de matrimonio. Compartía con Bascomb la pasión por las cifras... árabes y esperaba subir muy alto en la firma.

Hadley extendió unas largas hojas de papel y se inclinó sobre el escritorio.

—Nos hemos tropezado con algo interesante la semana pasada y pensé que sería preferible que usted lo viese. Jamás contemplé antes nada como esto antes.

—¿De qué se trata? —preguntó Bascomb.

—Los informes del distrito sobre reclamaciones en la División Tres muestran algunas anomalías curiosas. En la ciudad de Topworth hemos tenido ocho reclamaciones certificadas sobre todos los tipos de pólizas y...

—Ese número no es para una ciudad de tal tamaño.

—No... pero aquí está la pega. Esas pólizas habían sido tomadas hace menos de seis semanas, con sólo dos excepciones. Miré, aquí en Burraston tenemos nueve reclamaciones... todas en pólizas de menos de seis semanas de antigüedad, sin excepción alguna. Y en Victorburg...

—¡Déjeme ver eso!

Bascomb colocó las hojas delante de él y ajustó sus pesadas gafas de concha que parecían agarrarse más a los costados de su cabeza que descansar sobre sus oídos.

—En Victorburg... veintisiete reclamaciones sobre pólizas de sólo cuatro semanas —se quitó las gafas de la cara y alzó la vista—. ¿Es muy grande Victorburg, Hadley?

—Sólo treinta y dos mil, señor Bascomb —aguardó, sabiendo que de momento había dicho bastante.

Bascomb mordió la punta de la patilla de las gafas y bajó otra vez la vista. Agitó las amplias hojas de papel.

—Esta es una de las cosas más extrañas que he visto desde que entré en el negocio de seguros —dijo—. Sabe-

mos que en estadísticas a veces se encuentran largas series de naturaleza anómala, pero tres series así...

—Son siete en total —interrumpió Hadley—. Me puse a revisar alguno de nuestros archivos más recientes en el mismo distrito. Las otras cuatro son menos llamativas... seis de cada ocho, pero ahí están.

—Muy extraño, por decir algo —confesó con suavidad ahora el señor Bascomb—. Me parece que me gustaría seguir los detalles y ver si se pueden encontrar explicaciones... más allá de asignar meramente el caso como una anomalía normal.

—Tengo los documentos de las reclamaciones en mí escritorio.

—Deme también las solicitudes iniciales. ¿Hubo alguna insistencia en el agente que redactó la póliza?

—No. Están complicados unos doce agentes distintos. El único factor pertinente que he encontrado es que en estas tres últimas ciudades tenemos nuevas agencias, que han efectuado una gran campaña respaldada por nuestra publicidad nacional. Pero eso no explica, claro, por qué han redactado pólizas en las que se podían efectuar tan rápidamente reclamaciones.

—No, claro que no; tráigame todos los documentos as-equibles.

Bascomb pasó el resto de la mañana calculando las reclamaciones que podían esperarse como normales para cada una de las ciudades interesadas. Calculó las probabilidades de encontrar tales excesos como los sucedidos; examinó con detalle las solicitudes de todos los asegurados.

En las indemnizaciones de muerte estaba el acostumbrado certificado médico mostrando que los solicitantes gozaban de aceptable salud en el momento de redactar la póliza. Dos habían muerto de polio; uno en accidente de coche; cuatro por dificultades con sus coronarias... ¡eso debía haberse previsto! Habían dos casos de cáncer... también debieron preverse. Parte de las anomalías tenían su

causa en el departamento médico; procuraría que se efectuase allí una buena escabechina.

Pero culpar a los examinadores no solucionaría todo el problema, de ninguna manera; las indemnizaciones por accidente y muerte no se podían pasar por alto tan a la ligera. Había sólo un factor de significado que él era capaz de descubrir. Más del noventa por cien de las solicitudes se habían producido por respuesta voluntaria a los anuncios de la compañía. No se consiguieron estas pólizas por el procedimiento ordinario del agente pelmazo que insiste hasta el aburrimiento del asegurado, obligándole a ceder, procedimiento que Bascomb desaprobaba por completo.

¡Valdría la pena advertir eso al departamento de producción! Pero, por otra parte, ¿acaso de pronto sus anuncios resultaron más efectivos? Llamó al jefe de publicidad y pidió copias de la promoción efectuada en las citadas ciudades durante el periodo en que se redactaron las pólizas.

Entonces se vio interrumpido por algunos asuntos corrientes que le consumieron la mayor parte de la tarde. Cuando por último obtuvo los anuncios, era ya casi hora de marcharse. Sería mala cosa si perdía el tren de las cinco diecisiete... ya tendría mañana tiempo suficiente para volver con este problema.

Sin embargo, eso tampoco serviría; había algo demasiado persistente acuciándole en esta cuestión, muchos aspectos «raros» para dejar aplazado el asunto por una noche. Rompió una norma casi eterna entre él y Sarah Bascomb y se guardó toda la masa entera de papeles en su cartera de mano dispuesto a llevársela a casa.

Sarah Bascomb se daba perfecta cuenta de que no vivía en el mismo mundo que su marido y que eso resultaba bastante agradable, según pensaba. Habría sido muy aburrido que ambos no hablasen de nada sino de las tablas estadísticas de probabilidades, o del PTA y de las lecciones de música del joven Cruck.

Tal y como estaban las cosas, ella creía que se llevaban estupendamente. Escuchaba con honrada atención las discusiones de Charles sobre la proporción de cáncer y de muertes por ataques cardíacos, y el incremento de la neumonía y otras enfermedades infecciosas durante los pasados treinta años. Era tan aburrido como absolutamente increíble; pero le agradaba que hubiesen hombres en el mundo para ocuparse de estas cosas particulares... a las que era preciso tener en cuenta, pero que ninguna persona ordinaria pensaría interesarse ella misma.

Estaba orgullosa de la capacidad de Charles para enfrentarse con un material tan oscuro y desagradable y le escuchaba porque estaba enamorada de él. Y no se le ocurrió que era en cierto modo una deslealtad considerar la materia como cosas absurdas.

A su vez, Charles adoptaba un activo interés de los asuntos caseros... y dejaba que su mujer corriese con las soluciones, cosa que le gustaba mucho a ella. La parecía casi intolerable que fuera uno de esos hombres que insisten en planear el menú de la cena, o en escoger el dentista de los niños, o en ir a ver al señor Salers, vecino de calle, cuando Chuck y el hijo del tal Salers habían tenido una pelea al salir del colegio.

Sarah voluntariamente se ocupaba de todos estos pequeños asuntos. A los treinta y cinco era un ama de casa competente, satisfecha y de buen aspecto, sin ninguna nube en su horizonte doméstico.

Pero este particular diez de abril había sido un día bastante intranquilo para ella. Existía la sensación de que, en cualquier momento, ocurrirían cosas que conturbarían su complacencia en la vida de Charles y en la suya. A menudo experimentaba tales presentimientos y Charles le aseguraba que eran ridículos; pero al pasar los años, Sarah se vio aferrada a todas estas sensaciones. Descubrió que los presentimientos siempre significaban algo, de un modo u otro... especialmente cuando eran muy fuertes.

Así que no se sorprendió al ver la cartera de mano de Charles repleta y rolliza mientras le contemplaba desde la ventana la cocina, cruzando por el jardín en dirección a la casa.

Se volvió, como sino le hubiese visto, y se ocupó del chisporroteante freír de su plato favorito: hígado con cebollas. Lanzó un grito de sorpresa simulada y de placer cuando él la rodeó la cintura con las manos y la besó en la nuca.

Luego fingió darse cuenta de la abultada cartera por primera vez.

—¿Negocios esta noche? Creí que podíamos haber ido a un espectáculo en el centro...

Bascomb sonrió, se encogió un poco de hombros y lanzó descuidadamente la cartera a un sillón de la parte opuesta de la habitación.

—Nada muy importante; sólo un problemita que se presentó hoy... pero puede esperar. Iremos a ese espectáculo si quieres. ¿Qué sucede?

Sarah sacudió la cabeza.

—Nada en particular; no es eso lo importante. Prefiero que pases la tarde en tu problema. Eso si que es importante. Y deseo que me cuentes detalles de él.

Zanjaron la cuestión, como Sarah sabía que harían, quedándose en casa. Después de cenar, ella se sentó silenciosa y atenta mientras Charles trataba de explicarle por qué era trastornador tropezarse con tal serie de acontecimientos como la que apareciera en la oficina. Por mucho que lo intentó, sin embargo, Sarah no pudo captar el significado del asunto, ni el motivo de tanto asombro.

—Dices que eso podría esperarse que ocurriese una vez cada unos cuantos siglos —insistió ella—, así que me imagino que te alegrarás de que ese momento sea ahora, cuando puedes ser testigo.

Bascomb sonrió tolerante; era inútil tratar de hacerla comprender.

—Es sólo que nadie espera presenciar esta anomalía —dijo—. Hablamos de ella y la utilizamos en nuestros cálculos, pero no esperamos vernos frente a frente.

—¡Pues me parece que eso lo hace más emocionante! —Los ojos de Sarah estaban iluminados de un modo en que esperaba que Charles pensase que comprendía de lo que la estaba hablando.

Luego su expresión se hizo más sombría.

—Y creo que es también algo terriblemente importante —dijo—. Presiento que es algo que podría significar mucho para nuestro futuro, Charles. Lo sé. En cuanto halles lo que en realidad significa, dímelo, por favor.

Bascomb emitió un gruñido de exasperación desde el fondo de su garganta. Esa era la clase de cosas que le conducían a la distracción... los «presentimientos» de Sarah de que una cosa u otra iba a ocurrir, o tenía significado especial.

Sentía escalofríos cuando ella comenzaba hablar de aquel modo... porque la parte más condenable era que con frecuencia su mujer tenía razón. Había empezado a mantener una cierta vigilancia sobre ello, hacía mucho tiempo, por pura defensa propia. La media de aciertos de Sarah le provocaba una sensación de náuseas en la boca del estómago.

—No hay nada significativo para nosotros dentro de toda esta cosa necia y loca —dijo irritado—. Es un simple montón de pólizas que a la vez han presentado su reclamación para ser indemnizadas... cuando nuestros métodos estadísticos no daban ningún motivo para esperar tal cosa. Eso es todo absolutamente; resulta ridículo, cariño, tratar de leer entre líneas y buscar un nuevo significado.

—¿Verdad que me lo dirás? —insistió Sarah Bascomb.

Charles no se acercó para nada a la solución del asunto en toda aquella noche. Tras cuatro horas de trabajo, le parecía tan inexplicable como cuando Hadley le mencionó por primera vez.

Durmió mal, su línea de pensamientos conturbados alternando entre el problema en sí y la interpretación irracional de Sarah de su significado. Por la mañana se levantó y se dijo a sí mismo que era una estupidez permitir que un pequeño problema rutinario de esta especie se le escapase de la mano.

Sólo que no era pequeño y tampoco bajo ningún concepto, era rutinario.

Mientras tomaba el café frente a Sarah, teniendo por medio la mesa del desayuno, y con los tres chavales comenzando a hacer ruido en el piso alto, dijo con precaución:

—He estado pensando que casi valdría la pena tener una entrevista personal con los asegurados o beneficiarios de las pólizas y ver si se puede deducir algo de un contacto directo con ellos. Claro, es una vana esperanza, un deseo de hallar algo definitivo, pero me parece que voy a ponerlo en práctica.

Mantuvo alzada la taza de café mientras aguardaba respuesta de su esposa. Ahora él era el estúpido, pensó... ¡Como si la opinión de ella pudiese tener algún significado posible!

No obstante, Bascomb aguardó, la cabeza inclinada para captar la más mínima inflexión de voz de su esposa.

—Creo que es la cosa más sensata que has hecho en todo este problema —dijo ella—. Después de todo, ¿quién te podría decir más acerca de las razones que les llevaron a concertar las pólizas... y por qué se han producido sus reclamaciones... sino los propios interesados?

Eso lo zanjaba todo y Charles Bascomb sintió que echaba chispas interiormente por haber hecho tal pregunta a Sarah. Después de todo, de todas maneras esa era su intención, su propósito fue el de las entrevistas, ¿no es verdad? ¿Qué diferencia había en que la opinión de su esposa coincidiese con la suya? Pero entonces su comentario resultó bueno. ¿Quién, en verdad, podría decir más acerca de la

contratación de esas pólizas que la gente que las suscribió? Llamó al despacho y dijo a su ayudante, Jarvis, lo que pensaba hacer y le dio instrucciones para llevar a cabo las tareas del día.

II

De las siete ciudades, Victorburg era la más próxima a Landbridge, así que Charles Bascomb empezó por allí, experimentando la sensación poco familiar de conducir el coche a la autopista en vez de llevarlo a la estación. Se felicitó a sí mismo de que estos casos hubiesen aparecido cerca de la Casa Central, en lugar de en la otra parte de los Estados Unidos; al mismo tiempo, Bascomb se dijo una vez más que era un estúpido al prestar tanta atención a aquel asunto.

Llegó a Victorburg a las diez de la mañana y de inmediato se dirigió a la primera casa de su lista. Era una calle tranquila y arbolada que parecía asomarse a la paz de la mañana de abril. Detuvo el coche ante una aseada casa blanca.

La señora Davidson; ella era la beneficiaria en uno de los casos de muerte... El señor Davidson había muerto por dificultades en la coronaria hacía tres semanas. Bascomb se preguntó si no debía haber ido primero a uno de los que reclamaban menores cantidades. Pero ahora ya era tarde. Una mujer trabajando en el jardín a un lado de la casa le había visto; ella le miraba. Salió del coche con la cartera en la mano.

Se tocó el sombrero al acercarse.

—¿La señora Davidson? Soy representante de la New England Mutual Cooperative.

El rostro de la mujer mostró desaliento instantáneamente.

—Oh, cielos... Espero que no haya nada malo. Su pago llegó tan rápidamente y pude abonar unas deudas...

—No, no... no hay nada malo —se apresuró a decir el señor Bascomb—. Sólo una inspección de rutina que siempre hacemos para determinar si el beneficiario está completamente satisfecho con nuestros servicios.

—¡Oh, sí! Han sido más que satisfactorios —exclamó la señora Davidson—. El pago de ustedes llegó con suma urgencia y no sé qué habría hecho sin él. John se fue tan rápidamente, ya sabe. Parece un milagro que hubiésemos pensado en una póliza de seguros poco antes de que sucediera. Siempre se opuso violentamente a los seguros toda la vida, ya sabe... nunca se me ocurrió pensar en eso hasta ahora, cuando estaba en tan urgente necesidad. Claro que no sabíamos que iba a ser necesario.

—Claro —afirmó Bascomb—. Nuestro examen médico declaró que el señor Davidson gozaba de buena salud cuando se hizo la solicitud; de otro modo, no se habría extendido la póliza.

»Compartimos sus sentimientos de gratitud al ser lo bastante afortunada para tener la póliza vigente en el momento de la enfermedad del señor Davidson. ¿Es verdad que está usted satisfecha con el servicio de nuestra compañía?

—¡Naturalmente que sí!

—Parece extraño que no, hubiesen síntomas más tempranos de la enfermedad de su marido. ¿No había advertido nada antes?

—Nunca. Siempre pareció fuerte y sano; por eso despreciaba a los agentes de seguros, así que... decía que siempre le hacían sentir como si fuese a morir la próxima semana.

—Pero finalmente cambió de idea. Esa es la cosa que más me interesa, señora Davidson; mire, comprendemos